

fuego corta. La compañera del can, de color marrón claro, nariz roja y misma raza, allí presente y que atendía por Afrah, tenía, al parecer, idénticas instrucciones. Hechas las presentaciones pertinentes de humanos y animales, es ofreció algo para beber, o así al menos interpretaron sus palabras, de entre las cuales de oferta prefirieron el Whisky, por razones obvias.

Un tanto reconfortados por la graduación, bajaron hasta el local de la carretera, donde Aziz les informó sobre algunas particularidades distintivas del establecimiento, como que, por orden expresa de Willy, todo marroquí que no perteneciese a la Administración tenía formalmente prohibido el acceso al café o al restaurante. Así, tan clara como se lee, se entendía y aplicaba la norma citada. El por qué, según Aziz, el miedo, que, como ellos mismos pudieron comprobar, animaba al alemán a realizar sus desplazamientos pedestres, ora flanqueado por sus perritos de compañía, tan bien educados, ora pegado al rubio de cara de pocos amigos, de profesión cocinero ocasional y guardaespaldas de fortuna, la cual perdió junto con su pasaporte, requisado por Herr Willy a cuenta de un mes de estancia sin fondos para el abasto.

Conviene recordar, en este punto, que aquel donde estos sucesos ocurrían no era Las Vegas, ni Harlem, ni las favelas de Río de Janeiro, ni Caracas, donde no todo son idílicos cocoteros, páñfilos enamorados y rubias de culebrón, sino Sidi Ifni, al sur de Marruecos, donde, por lo demás, todo sucedía conforme a las mejores expectativas, y cuyas gentes, y muy especialmente las de más edad, les recibieron, también en sus casas, con una amabilidad tal, que hacía doblemente ingrato el recuerdo de las vergüenzas que no contara aquel maestro.

Algo se cocía en el Atlantique, mas no en la cocina, siempre ociosa por falta de clientela, y un matrimonio francés ya de cierta edad no era del todo ajeno a la intriga, si bien la hermana daba por seguras las alucinaciones, producto de los inhalados efluvios de Mirleft. Con todo, la pareja gala, mecánico él, chauvinista ella y cotorra por añadidura, que no



Plaza de España de Sidi Ifni, en una postal de 1959

abandonaba jamás la coletilla "porque, yo no sé en España, pero nosotros, en Francia..." al final de cada frase, pasaba horas, y días, en la espera, no se sabía de qué, por la discreción debida, pero en la espera. La cual concluyó al comunicar Willy, radiante en su túnica y sus bucles dorados, la inminente invitación a todos los presentes para una gran fiesta de recibimiento de su amigo que lo era de Alemania, y que estaba al caer, en Sidi Ifni según él, y sobre él y en la intimidad al decir de las malas lenguas de los allegados, de las cuales no suele haber ahorro.

Y llegó, en efecto, el esperado, apuesto joven con un Audi último modelo y evidentes ganas de verbena, que tuvo a bien compartir con una hermosa saharauí amiga de Aziz, y de nombre a callar por la misma honra que ella perdió debido al innegable encanto del bávaro, pasando los preliminares durante la cena ante los furibundos ojos de Willy, quien se retiró a la casa no más el alcohol le impidió seguir bebiendo, dejando vía libre al recién llegado y el local del restaurante -donde dormía el encargado- a la custodia de éste; la cual lo fue tanto del propio negocio como del de la hermana, temerosa como estuvo de que los perros, visto y olido el estado del dueño, campasen a sus anchas por la casa, con peligro de la ruina propia y de la del precioso caftan de lamé dorado que había lucido para la ocasión de bienvenida, y con el cual hubo de pasearse por todo el pueblo, ya de madrugada,

una vez que Willy, no bien se recuperó un poco de sus vahidos, volvió a bajar, mil gracias derramando, al restaurante, pensando en hallar allí consolación de la infidelidad de su amor, y hallándola en efecto, mas siendo ejercitada por el sustituto en beneficio propio y de la española, bajo mantas, de tan poco provecho que apenas los cubrían, tanto era el

"... la bajada de marea dejaba al descubierto numerosas pozas en las que los pulpos quedaban atrapados y a disposición de marmita, que hoy preparan en cualquiera de los dos hoteles a ras de arena..."

ardor de la escena. Alcanzando ella a ver, en el cielo, aún más estrellas; papeles él, con la visión de un camino que hacia Europa le llevaba; y Willy, en su penumbra, todo rojo, como que el mismo infierno le inflamara los adentros que, todos a uno, montando en rabia y mayor cólera, resultaron en la expulsión de la pareja del local, sin empleo él, y ella sin vehículo en el exterior, ya día, y con el paseo dicho por delante. A cuyo final, llegando a la casa, le fue tiempo de ver cómo salía su

hermano con las maletas, despertado como fue por el rubio con cara de pocos amigos que otrora tan amable les recibiera; el cual, acompañado de Atila, le solicitó el pago inmediato de la factura debida, donde iban incluidos, y todos reflejados, los ofrecimientos de bebidas realizados desde la llegada; invitándole luego a abandonar el hotel, tanto por orden tajante de Willy como por la no declarada del perro, que, de momento, sólo miraba.

Abajo, pues, se encontraron, casi en pijama él, en caftan dorado ella; y así, y en moto, se presentaron en el Hotel Suerte Loca, que así se llama el lugar más que recomendable donde permanecieron el resto de su estancia en Sidi Ifni, y desde donde siguieron el curioso curso de acontecimientos que aún se sucedieron en el ámbito del Atlantique; sobre todo lo cual se hallaba al tanto la generalidad del pueblo, por virtud y eficacia del teléfono árabe, como suele llamarse, y que también es de rutinaria usanza en aquellas lejanas latitudes, como en éstas, y aún más si cabe. Siendo, pues, a los pocos días, pública noticia que el Audi último modelo lo fuera asimismo del incauto propietario que, no bien lo compró, ya lo echara en falta; no pudiendo seguirle la pista por media Europa y la parte de África que le tocó, por donde fuera echado a rodar con placas otras que las propias justamente hasta Sidi Ifni, donde el apuesto joven que hasta allí lo llevara luego lo dejó en manos del rubio con cara de

pocos amigos, el cual partió hacia Nigeria a concluir el negocio que, aun hábilmente gestionado por Willy el padrino desde su soleado retiro, no lo fue con tanta diligencia que las autoridades marroquíes, bien informadas de cuántos, no acudiesen de visita al hotel, donde se presentaron con requisitoria de Rabat sobre tirabuzones, túnica bordada y conjunto todo; como fue trasladado de inmediato a otro hotel más recogido de la capital del reino, solo, o en compañía de otros. Quedando de esta manera impagados los muebles y tapicerías que equipaban el hotel; los perros y el guapo, al cargo de la moza saharauí, por ser la única que, ya entrada en confianza y sin haber salido de ella, lograba hacerse con los tres, aunque de los otros dos, al macho, Atila, hubo que sacrificarlo de un tiro con una de las armas que no detestaba, por ser larga, no haciéndose carrera de él; Afrah, la hembra, más acomodadiza, mudó costumbres con rapidez, y no se le conoció ataque ni mordisco alguno a moro ni a cristiano; en fin, cierto ordenador que Willy tenía en su despacho acabó desplazándose de forma misteriosa hasta el zoco de Agadir, como prenda, según rumor, de algunos sueldos no satisfechos adeudados al primero de los chóferes, o al segundo, o a todos ellos.

Cerrado el Atlantique, los correveidiles sobre todo cuanto allí se había desarrollado continuaron alimentando largo tiempo la comarca, aunque sólo llegaran a oídos de los hermanos una o dos veces por semana, que era la frecuencia con que ellos salían de la playa entonces desierta de Legzira, cuando, saliendo del Suerte Loca, se instalaron en uno de los garajes para barcas de pesca que adquirieron en la playa, donde, en aquel tiempo, la bajada de marea dejaba al descubierto numerosas pozas en las que los pulpos quedaban atrapados y a disposición de marmita, que hoy preparan en cualquiera de los dos hoteles a ras de arena o en multitud de apartamentos, para mayor deleite de tantos aficionados al parapente como visitan los espectaculares acantilados que limitan con la arena. Con todo, Legzira, como Sidi Ifni, también es nuestra: así queremos las cosas.



Listas de bodas

Avda. Juan Carlos I, nº 32
Tlf. y fax: 952 68 25 41



VIAJES
TODRA

"Otra forma de viajar"

viajestodra@e-savia.net

c/Cándido Lobera, 4 Apartado de Correos 680

52001 Melilla

Tlfs.: (95) 268 56 56 - 268 57 12 Fax: (95) 268 56 99